

Acto del cincuentenario
del Museo Casa Natal de Jovellanos

5 de agosto de 2021

«Después de once años de ausencia, persecuciones y trabajos, estoy otra vez en mi escondrijo de Gijón, tan ansioso de hallar en él el descanso como incierto de conseguirlo. Pero estoy en Gijón, vivo en la casa en la que nació».

Así escribía el ya anciano y extenuado señor de esta Casa donde hoy nos reunimos, Gaspar Melchor de Jovellanos, a su estimado Lord Holland unos días después de haber regresado por fin a su *llugarín* gijonés en el verano de 1811, al final del periodo más amargo de una vida que fue abundante en amarguras, y a no muchos meses de la última vez en que tendría que abandonarlo.

Salvo en los felices años de Sevilla y los de su primera estancia en Madrid, Jovellanos siempre añoró intensamente estos muros familiares y la ciudad natal, que tanto amaba. Sufrió mucho cada vez que tuvo que separarse de ellos a causa de los requerimientos de sus cargos o por la fuerza, como había

sucedido once años antes de ese último regreso, arrestado para su encarcelamiento en Mallorca.

De ahí el fuerte elemento simbólico y emocional que tiene el acto que hoy celebramos, en el centro mismo de la conmemoración de la apertura del Museo-Casa Natal de Jovellanos hará justo mañana 50 años, el 6 de agosto de 1976. Jovellanos vuelve hoy de nuevo a casa. Y vuelve de otro modo. Más que nunca.

Porque es verdad que lo dijimos también en noviembre de 2019, cuando, gracias a la generosidad del Museo del Prado, estas salas recibieron por primera vez el magistral retrato pintado por Goya en 1798. Pero era otro Jovellanos: el Jovellanos más que maduro, meditabundo en una pausa de su enojoso cometido como Ministro de Gracia y Justicia, puede que añorando en ese mismo trance desde Madrid la lejanía de su villa y su casona.

En esta ocasión, hoy, el Jovellanos que regresa es el Jovellanos que ya estuvo; un Jovellanos recién elevado al Consejo de Órdenes Militares, en pleno ascenso profesional, un servidor público y académico apreciado, reconocido y casi mimado en la Capital del Reino; un Jovellanos pintado por un joven Goya en la treintena ya holgada, erguido y hasta afectado en su pose, que luce con orgullo y casi coquetería su condición de Caballero de Alcántara, y que para ello, aunque el cuadro fuese pintado en Madrid, ha escogido hacerlo ante el horizonte cantábrico de su querida villa natal y rodeado de lo que Gijón ya era entonces: arenal, pedreru, puerto comercial, la misma mar y el mismo cielo que podía otear desde esta misma casa desde que tenía recuerdo.

Lo significativo es que el hombre de éxito en Madrid quisiese que Gijón fuese el escenario del retrato que así lo proclamaba. Esa elección y la pose casi mundana de Jovino en este cuadro lo convierten no tanto en el retrato oficial que fue durante mucho tiempo como en un retrato más íntimo, familiar. Y así fue como el propio Jovino consideró y lució esta obra,

destinada al ámbito familiar, luciendo en el que llamaban cuarto de estrado, en la intimidad de esta misma casona.

Pero como siempre en Jovellanos, su efigie tampoco estaba destinada a quedarse aquí. La obra fue expuesta en Madrid, adquirida posteriormente por la familia Valls Taberner, pasó después a la colección del Museo Nacional de Escultura y ahora se encuentra en depósito, de vuelta a Asturias, en el Museo de Bellas Artes regional. A estas dos últimas entidades quiero agradecer muy especialmente la generosidad y la excelente disposición para que este acontecimiento haya sido posible.

Pero hay otro simbolismo especialmente notable que quiero destacar especialmente. No hay mejor modo de emblematizar en una sola pieza y en un solo acontecimiento todo lo que es este recinto que es Casa –la de este Jovino retornado temporalmente como siempre– y que es Museo; no solo para todo lo relacionado con quien fue su ocupante más ilustre sino también para los fondos artísticos municipales. Esa función

siempre ha estado en plena sintonía con la afición artística de Jovellanos, su pasión coleccionista o el apoyo que brindó, sin ir más lejos, al mismo Goya que lo retrataría por dos veces. Y también sintoniza con otra pasión aún más profunda: la gran pasión de Jovellanos, si así puede decirse. Su creencia firme y su lucha contra viento y marea por convertir la instrucción, la difusión de la cultura, la enseñanza y la educación del intelecto y del gusto en uno de los pilares del bienestar público y de la mejora de los seres humanos.

Son esas mismas funciones –enseñar, divulgar, promover la cultura a partir de nuestras colecciones– las que de modo creciente han ido desarrollándose en este Museo Casa Natal que cruza la línea también simbólica del medio siglo de la mejor manera posible: bajo la mirada de un Jovellanos que pasará este agosto y parte de septiembre en el sitio donde siempre quiso estar, en Gijón y con sus paisanas y paisanos, y con el afán de profundizar y reforzar su cometido, en particular en su custodia y promoción de Jovellanos, el jovellanismo y todos los valores que nos legó. Valores que, como siempre, y

puede que más que nunca, necesitamos, esos sí, siempre aquí,
con nosotras y nosotros.